

¿QUE ES SAN MARTIN?

Cuando se fue la delegación de maestros —no sin que antes le endilgara una arenga sobre el ejemplo sanmartiniano— el Presidente se asomó plácidamente al ventanal de su despacho. Posó la vista distraída sobre el monumento a Colón. Fue el instante elegido por el edecán para hacerle partícipe de sus inquietudes revisionistas: “Mire, general, siempre me pregunté por qué se habrá ido San Martín. Si hubiese permanecido en el país, nos habríamos ahorrado veinticinco años de anarquía...” Juan Domingo Perón se volvió, gacha la cabeza. Apeló a su sabiduría de antiguo profesor de historia y dijo: “San Martín se fue porque estaba enfermo”.

La vieja anécdota cobraba inusitada actualidad al divulgarse en Buenos Aires varios sugestivos cables madrileños, según los cuales el Líder exiliado estaría dispuesto a acceder al ansiado renunciamiento que le pide Lanusse. Al pisar el aeropuerto de Barajas, Jorge Daniel Paladino arriesgó ante un corresponsal de United Press la probabilidad de que los comicios se realizasen en 1972. “Para las próximas elecciones —añadió, taxativo— nuestro candidato es Perón.” Las frases del delegado fueron publicadas por el diario barcelonés *La Vanguardia* al lado de una crónica donde se recogen manifestaciones de López Rega. Sin atribuírselo al secretario, la nota comenta que las condiciones para el retorno de Perón “no son, ni mucho menos, las de presentarse como candidato del Movimiento Justicialista o Peronista de la Argentina”. El conflicto quedó planteado. El miércoles, la agencia alemana DPA asegura que, según nuevas revelaciones de Paladino, su Jefe Supremo “no sería candidato”. Y el jueves, una versión de ANSA especula que “habría disgustado a Perón” el tono contundente de los adelantos que su representante formulara en Barajas. Ello estuvo a punto de provocar “el relevo de Paladino” aunque dicha perspectiva se hallaría “ahora superada”. El dueño de la quinta 17 de Octubre —prosigue el cable— aleccionó muy bien a su mensajero personal a fin de

que no cometiese el mismo error durante su entrevista de esa noche, con Jorge Rojas Silveyra. Paladino debía limitarse a insistir en la fecha electoral, omitiendo cualquier referencia a candidaturas. “Círculos peronistas allegados a la reunión cumbre —finaliza ANSA— indicaron, a ese respecto, que cuando se habla del retorno de Perón a la Argentina, no debe interpretarse que lo hará como Presidente, sino como *gran consejero*.” Y el corresponsal del matutino *La Prensa* va más lejos: tras simbolizar las iras del Líder con la “antecámara” que habría padecido el recién llegado en Puerta de Hierro y el clima de “frialdad sin precedentes” que rigió la bienvenida, consigna que el ex mandatario “ordenó a Paladino que *desmintiera* su declaración”, cosa que el delegado hizo a la agencia española EFE, “aunque sólo parcialmente y con palabras muy vacilantes”. El locuaz cronista relaciona este hecho con el deseo de no presentar al Líder como queriendo participar personalmente en las elecciones, para no malquistarlo con “las or-

ganizaciones subversivas, opuestas, como se sabe, a la realización de elecciones”. Ello estaría vinculado también con el pedido de mayor protección policial a Perón que el lunes elevó el ex aliadista Jorge Cesarsky a los organismos de seguridad hispánicos, temiendo un atentado a causa “de la presencia en Madrid de individuos pertenecientes a grupos guerrilleros de extrema izquierda argentinos”.

Esta ofensiva noticiosa muestra varios puntos oscuros, aparte del dato auténtico de que el caudillo estuvo por defenestrar a Paladino. Al parecer, ya había consenso sobre el sucesor: el teniente coronel Jorge M. Osinde, 57, oficial de inteligencia (arma de Levingston), que dirigió Coordinación Federal, y a quien la revolución del 55 sorprendió en la Jefatura de Seguridad del s.e. Miembro de la camada 60 (la de Onganía, Rauch y Paiva), en 1964 fue delegado de Perón ante el Consejo Asesor de Asuntos Militares, junto a los generales Sánchez Toranzo, Fattigatti, Américo Bianco y al coronel Mariano García. Tarea del agrupamiento: convencer a las Fuerzas Armadas de la inocuidad del justicialismo. Que se haya manejado su nombre puede sugerir la creencia de Perón de que al presente ya era inútil un representante simpático a los ojos de Mor Roig y la UCR, mientras urgía cambiarlo por un personaje con buena imagen entre ciertos militares. Sólo la novedad de que le serían restituidos los restos de Evita (ver página 13) lo hizo cambiar de opinión. Quizá no tanto por el gesto en sí: la medida podía ser un síntoma de que todavía la capacidad negociadora de Lanusse no estaba agotada.

El exabrupto paladinesco, que casi le cuesta el cargo, más se asemeja a un malentendido: el viajero planeaba con-



PALADINO - Perdón, general. Se nos escapó otra vez la pelota.

graciarse así con Juan Domingo y con sus correligionarios *duros*. En efecto, lejos de disgustar a los sectores de la *pesada* (equivocación de *La Prensa* que parece adrede), la candidatura de Perón es la bandera que izan los peronistas combatientes, precisamente porque conocen su inviabilidad. Es la mejor manera de quebrar los marcos del Gran Acuerdo, reivindicando justo lo que Lanusse jamás lograría hacer que acepten las Fuerzas Armadas. A esa luz hay que ver la exigencia de reforzar la custodia del Líder. La izquierda podría atentar contra él si entra en el juego del oficialismo, accediendo a retirar su candidatura, nunca al revés. Empero, en medios partidarios se detectó la ansiedad opuesta: que quienes tratasen de asesinar a Perón fueran las fuerzas de derecha, en cuanto él diese un sí. Un caudillo muerto no puede desdecirse: pasaría a la historia como el que posibilitó el pacto. Por su parte, a los guerrilleros siempre les quedaría la esperanza de una media vuelta a último minuto.

Sin embargo, Perón ha lanzado la táctica del silencio, no la de una definición nítida. "Yo tengo dos manos y uso las dos", confesó un día al gremialista Jorge di Pascuale. Por eso, en cuanto disponga del cadáver conversará con un dirigente *duro*, Rodolfo Galimberti, de JAEN. El operativo consoldador de las 62 (ver página 10) se intercala en idénticas ambigüedades: no es secreto para nadie que los núcleos participacionistas mantienen intactos sus lazos con quienes aspiran a una *profundización de la Revolución* y son, por ende, impermeables a la salida electoral. El sector vanderista de los 8, a su vez, acaba de enviar a *Puerta de Hierro* un documento donde describe tres alternativas de desemboque político: 1) el éxito del GAN, 2) la toma del poder por las organizaciones guerrilleras, y 3) el golpe militar. Descartando la factibilidad a breve plazo de la segunda, colorean con tonos tan sombríos al acerdismo que, pese a su presunta prescindencia, no cabe dudas acerca de sus gustos. ¿Cuál es, en suma, la posición personal de Juan Perón? El mismo edecán de la hermenéutica sanmartiniana recuerda la frase del Libertador que más citaba entonces el ex Presidente: *Si mi almohada conociera mis pensamientos, a mi almohada la quemo*.

De todos modos, como en oportunidades anteriores, el peregrinaje de Paladino al Viejo Mundo desplaza el escenario del acontecer político hacia la capital española. El match del Gran Acuerdo se halla, de nuevo, en receso por *velota afuera*. La semana argentina, abruptamente iniciada con la publicación de una proclama onganista —"La Contrarrevolución naufraga"—, cuyo contenido adelantó PRIMERA PLANA dos meses atrás (Nº 438), registró algunos



Osinde: Igual camada que Onganía.

jalones felices. Su cúspide: después de presidir una póstuma reunión de gabinete, el miércoles a las 11.30 partió en helicóptero desde el hipódromo platense Horacio Rivara. Iba a llevar su renuncia a la Casa Rosada. "No me voy expulsado del cargo", farfulló a los periodistas, en obvia alusión a una crónica de PRIMERA PLANA. El acceso de su camarada de Fuerza, Miguel Moragues (ver número 448), abre la perspectiva de días más venturosos para la Gobernación de Buenos Aires. Otro de los tópicos pendientes —el proyecto sobre Consejo Social y Económico— no tuvo igual suerte. El martes, cuando debía elevarse a Presidencia, las disputas sobre su contenido obligaban a postergar su redacción. Además de reyertas menores sobre el número de miembros o la presencia de portavoces del CONADE, CONASE y CONACYT, hubo un far de disidencias de fondo que protagonizaron los delegados castrenses ante la Comisión Coordinadora. Mor Roig quería que los consejeros percibiesen dietas equivalentes a las de Diputado; los militares lo tacharon de inmoral.

Menos soluble fue una objeción que habría interpuesto la Marina: encontrándose la representación sindical aglutinada en la CCT y los empresarios divididos en sectores antagónicos, la balanza se inclinaría demasiado hacia las huestes del trabajo. Al respecto, el empresario rural muestra un frente unitario gracias a la Comisión de Enlace de las Entidades Agropecuarias constituida en 1970. Más antigua aún es la Coordinadora Patronal de Actividades Mercantiles, que reúne desde hace quince años a antes de distinto color ideológico, como la Federación Económica de Buenos Aires (CGE), la Cámara Ar-

gentina de Supermercados (ACIEL) y la Cámara de Grandes Tiendas (independiente). Pero en el ámbito manufacturero no hay nada parecido y los liberales de UIA cultivan un mutuo aborrecimiento con los nacionalistas de la Confederación General de la Industria, descartándose que cualquier intento de asignar representantes a una despertará la agria reacción de su enemiga.

Diferido el debut de esa herramienta que él imaginaba pacificadora, en el cónclave ministerial del jueves, Lanusse forzó la convocatoria a "una tregua" de 60 días, en vistas de un "acuerdo social" que reproduzca en el área de la economía el arreglo preconizado a nivel político. Articulado en torno a un alza de salarios con vago congelamiento de precios, el engendro (ver página 18) amargó compensatoriamente a dirigentes obreros y patrones, en medio de una tasa inflacionaria del 29 por ciento durante ocho meses —¿anual de 43,5?— y de un serio quebranto en el balance de pagos que sorprenderá al Banco Central con reservas exhaustas.

Aquella mañana, delante de 43 generales en actividad, el Presidente-Comandante defendió el Acuerdo a lo largo de una hora y cuarto. Rebatió a los *profundizadores* enfatizando que "la gran solución política es indispensable para la búsqueda de las mejores fórmulas en otros campos de la vida del Estado". Querer "incursionar por otro camino, ya sea dando prioridad a las segundas o postergando la solución política, podría agravar las dificultades". O sea: abandonemos nuestros sueños mesiánicos, dejemos cuanto antes esta endiablada cosa de la economía en manos de los civiles y que ellos se aguanten. Un exhorto de abrumador sentido común. Claro que entonces cabe preguntarse para qué se padeció cinco años una ruptura del orden institucional, si el balance resulta tan magro.

Puede que, advirtiéndolo, el ubicuo Arturo Mor Roig desarrollaba al mismo tiempo una larguísima disertación en la Escuela Superior de Guerra, dedicada a cubrir de incienso el plan de reforma de las instituciones. Detrás de la retórica, empero, sólo vacía un Estatuto cuyo carácter limitativo elogió (contra las esperanzas de socialistas y demoprogresistas luego de la audiencia presidencial con La Hora del Pueblo, apenas "cuatro o cinco grandes fuerzas" sobrevivirán a su corset), y la ratificación de una futura enmienda a la Carta Magna. Aun ella —trascendió— podría quedar en la mesa de las negociaciones si radicales y peronistas se comprometen a efectuarla más tarde.

El miércoles, los diarios habían reproducido un ponzoñoso texto del frondicismo. "El llamado Gran Acuerdo Nacional constituye un intento destinado a ocultar el fracaso de la llamada Revolución Argentina", comenzaba. ⊖